

VENUS Y CUPIDO.

FABULA.

El arco sobre el hombro,

y arrimadas las flechas,

el Dios de los amores

andaba en la floresta,

observando tranquilo

á una officiosa abeja,

que allí andaba libando

la miel y blanca cera:

¡Qué avecilla, decia,

tan inocente y buena!

¡Qué amable y laboriosa!

¡qué industriosa y qué bella!

¡cómo aborrece el ocio,

y cuánto se molesta

por dar al hombre el dulce

fruto de sus tareas!

El Dios, enamorado

de tan amables prendas,

la delicada mano

llevó para cogerla:

mas ay! que al acercarla

la furia experimenta

de un dardo venenoso,

que reservado lleva:

Llora el incauto Niño,

y su madre risueña

le dice, rapazuelo,

suspira y escarmienta:

Las humanas betdades

son como las abejas,

para lejos amables,

temibles para cerca;

y así guarda tu mano

con la mayor reserva;

